

Meditación del Impedido

Por FRANCISCO ICHASO

HE de seguir imaginándome a Mariátegui en su coche de paralítico, aquella tribuna rodante que pudo ser la burla plástica de su vida, pero que fue el *handicap* de su espíritu a una materia demasiado castigada—demasiado castigadora—que iba anticipando, con avara celeridad, su desmoronamiento.

Mariátegui y su coche—ese coche que remontó el Ande y viajó por todos los caminos de América, batiendo *records* de kilometraje y velocidad. Ese coche que dejó atrás el *Rolls* y el *Packard* del gamonal y el tirano y ha de aparecerse todavía, entre las nieblas de la sierra, como el carro de un nuevo profeta que dirá a la América las verdades que cercenó su marcha.

¿Quién recogerá la herencia de este coche que aprendió a transitar contra el *tránsito*, en sentido opuesto al que apunta el índice manchado del déspota? ¿Habrá quien siga remontando los cursos oficiales de la política americana en el coche de Mariátegui?

Invito a la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación tranquila, sin gratuito desasosiego. Meditación del *impedido*.

¡Sublimidad de esta limitación! Mariátegui, inmóvil en su coche, conoció, con lucidez dolorosa, el verdadero valor del movimiento. Parejamente el drama de su parálisis le enseñó, con la dura lección de la necesidad, lo inútil del ademán y el aspavento sin motivo. La vida no pudo brindarle esa voluptuosidad primaria del desperezo y el cómodo cambiar de postura. El cuerpo le ascetizó el espíritu y le hizo ver toda la trascendencia de un vivir que no es girar sobre sí mismo, ni simular la marcha, sino moverse convulsivamente en la intimidad del ser, con toda la carga de la pasión y el pensamiento y con esa otra carga más triste de una carne macerada y unos huesos canijos.

Mas no pudo dejar de sentir su cuerpo retrasado la espuela del ansia. ¡Cuántas veces se vería asediado por el íntimo deseo de la lucha material, brazo con brazo! Pero hizo fuete de su voluntad para castigar las vehemencias inútiles y resolvió, por las vías de un pensamiento frío—de puro calecido—, sus nobles rebeldías.

Resolución heroica. Y por ello serena. Asistida de esa firmeza de los espíritus que saben su misión. Y así no fue Mariátegui ese americano más de los gestos esporádicos y los desahogos circunstanciales, del epifonema estéril y el afemi-

nado lamento. Fue el hombre de la organización mental, de las soluciones numéricas, de la estrategia revolucionaria. No llevó a su obra el drama íntimo de su vida. Sabía que el drama—y más en América—casi siempre es teatro y ruta de Narciso. Examinó el caso peruano—el caso americano—con pasión lúcida de médico, no con pasión turbia de enfermo.

Por la misma ascesis de su vida, no confluó en esa literatura del odio, grata al revolucionario. Entre las amenazas, las persecuciones, los encarcelamientos y los destierros, dijo siempre Mariátegui su palabra serena y sustanciada, sin carga de rencor, lastrada sólo con esa justicia que desprecia el grito, porque toda ella es un clamor vivo.

Hombre apasionado—“mis juicios se nutren de mis ideales, de mis sentimientos, de mis pasiones”, decía—no frecuenta, sin embargo, el panfleto ni la proclama incendiaria. Su pasión,—a diferencia de la de Unamuno, con quien tuvo su espíritu algunos puntos de contacto, a cambio de numerosas diferencias—se tradujo siempre en un celo ferviente por sus ideas, no en el arranque lírico ni en la confesión sentimental. Dejó su pensamiento desnudo, como el maquinista que desarbola su motor para que pueda apreciarse la solidez de la estructura y la exactitud del mecanismo.

Mariátegui expuso sus ideas con ardor, pero fué el ardor luminoso de los reflectores, mejor que el ardor humoso de las teas. En América se hacía—se sigue haciendo—demasiado comunismo inconsulto; un comunismo que no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria que es la obra de Marx. Mariátegui, revolucionario genuino, no podía seguir los mismos caminos fáciles y trunco de una demagogia parvular. Mariátegui arribó al Marxismo por los duros escarpes del análisis, la meditación y el estudio. Sus 7 *ensayos* bastan para que la literatura revolucionaria de América tenga bibliografía.

Entre una muchachada ansiosa, pero desorientada, que se atropellaba para no ir a parte alguna, Mariátegui guió serenamente su coche, uno de los pocos vehículos del pensamiento político americano que sabía a dónde ir y por dónde ir.

Mariátegui, “apresurándose lentamente” en su coche de paralítico, ¿no es acaso el símbolo de una nueva América que vencerá, no por el impulso ciego ni el movimiento improvisado, sino por el avance tenaz y progresivo, según el *tempo* y la norma marcados por aquel hombre, a quien le bastó la mínima posibilidad móvil de dos ruedas para escalar la última eminencia andina y plantar en ella la bandera de una nueva libertad?

Hagamos la meditación de Mariátegui y su coche. Meditación del *impedido*. Meditación del paralítico. ¿Paralítico? O paráclito ¿por qué no? Nunca la afinidad fonética de dos palabras me ha parecido tan íntima, tan sustancial. Mariátegui: paralítico: paráclito. Paráclito espíritu con cuya presencia y asistencia sigue contando América.

(De *Sech*.—Santiago de Chile).